



EL CAPELLAN NAVAL DON CAMILO ORTUZAR MONTT

Jorge Garín Jiménez

Don Camilo Ortúzar Montt nació en Santiago de Chile el 16 de Julio de 1848, el día de la fiesta de la Virgen del Carmen, perteneciendo a una respetable y numerosa familia de 10 hijos y siendo sus padres don Angel Ortúzar Formaz y la señora Carolina Montt Luco, ambos de cercana ascendencia hispana.

Linaje de los Ortúzar:

Cuna = Baronía de Orvezna. Situada en la anteiglesia de Santa María de Ceanuri (diócesis de Vitoria).

Localidad de Ceanuri - se ubica entre Bilbao y Durango.

Barrio de los Ortúzar = Oterimendi (sobre montículo).

Sector de Alzusta junto con los linajes de Uribe y Undurraga.

Villa de Durango.

Señorio de Viscaya (Hoy Provincia).

El montículo de los Ortúzar (Huerto Viejo) estaba rodeado de huertos y tierras labradas.

Escudo Nobiliario otorgado por el Rey de España.

-Cuartelado: 1° y 3er cuadros: En campo de plata 2 lobos pasantes de sables; 2° y 4° cuadros: En campo de gules, caldera de oro.

Ascendencia de don Camilo Ortúzar:

1° En 1600, Juan de Orbezna casó con María García Angoitía.

2° En 1623, Juan de Orbezna y G.A. con María de Orne Alzusta y Ortúza, "hija única de Martín de Orne Alzusta y de Catalina de Ortúzar, última señora de su Casa Solariega - Todos llevarán su apellido.

Tatarabuelo: en 1731, el vasco Juan de Ortúzar Basave casa con Clara Morales, Oidor de la Real Audiencia.

Bisabuelo: El criollo Martín de Ortúzar y Morales con Josefa Ibáñez Ovalle, Rector de la Universidad de San Felipe y abogado de la Real Audiencia.

Abuelo: José de Ortúzar e Ibáñez casó con María del Carmen Formaz y Patiño, Intendente de Hospitales y Diputado por Rancagua en 1823.

Padres: José Angel Ortúzar y Formaz con Carolina Montt Luco, Minero de mediana fortuna.

Hermanos: Angel, Osvaldo, Xavier, Elena, Camilo, Elvira, Ana Luisa, Luis, Teresa, Carlos.

Linaje sucinto de los Montt

Cuna: San Pedro Pescador

Villa: Gerona

Señorio: Cataluña (Provincia)

Ascendencia de don Camilo Ortúzar Montt

Origen Catalán. Don José de Montt y Monte de Rivera casado con doña Adriana de Cabrera y Paredes, alrededor de 1700.

Tatarabuelos: Don José Esteban Montt y Cabrera casó, en 1735, con doña Mariana Prado y Rojas de la Barrera.

Bisabuelos: Don José Leopoldo Montt y Prado, en 1782, en San Fernando casó con doña Josefa Valenzuela Urzúa.

Abuelos: Don Lorenzo Montt y Valenzuela casó con doña Carmen Luco Fernández de Leiva.

Padres: Doña Carolina Montt Luco casó con don Angel Ortúzar Formaz.

Don Camilo Ortúzar Montt y sus 9 hermanos.

Parientes: De Lucas, hermano del bisabuelo, casado con doña Mercedes Torres Prado, es pariente de los Presidentes Manuel Montt Torres y su hijo Pedro Montt Montt.

Como las excelentes obras de Diccionarios biográficos chilenos más los "Nobiliarios de la Nobleza hispana" de Fernando Márquez de la

Plata, dicen que todos los Montt provienen de un mismo tronco familiar de nobleza hispana, también lo es el del Almirante y Presidente don Jorge Montt Álvarez.

La primera niñez de Camilo le mostró como un ser predestinado, dadas sus milagrosas escapadas ante la muerte después de envenenarse dos veces con raticidas, por glotón; de ser arrastrado por un caballo, en pleno galope, con un pie enredado en el estribo. Otro animal le tiró a un río e, incluso, un toro le corneó hasta cansarse, tirándole finalmente lejos. Algo más crecido, estudió sus Preparatorias, hasta los 12 años, en el Colegio de San Ignacio (Inaugurado en 1856) y sus Humanidades, después, en el Seminario Pontificio de la capital.

El párroco de La Estampa en Santiago, sacerdote Carlos Cruzat Hurtado entregó su parecer acerca del amigo y compañero de estudios: "En los primeros días de Marzo, ingresé al Seminario de Santiago a la clase de preparatoria y, luego, tuve oportunidad de conocer a Camilo Ortúzar, niño del inmediato curso superior. Una curiosa simpatía nos atrajo recíprocamente; él, como mayor en edad y ya dos años en el colegio, se encargó de velar por mis primeros pasos en la vida de seminarista. Tenía Camilo atractivos personales como ser su carácter bondadoso; conversación fácil y amena; siempre risueño y alegre; era el primero en organizar los juegos en los recreos y se distinguía, además, por su franqueza y generosidad. Noble y rico por su cuna, aventajado en la piedad, de clara inteligencia, de finos modales, elegante a la par que modesto en el vestir, de facciones hermosas, era estimado por los superiores y alumnos del Seminario. Siguió el curso de Humanidades con feliz éxito en sus exámenes, hasta terminar el estudio de filosofía. Tenía en la sociedad un porvenir halagador, posición brillante de su familia, fortuna, el cariño de su madre y hermanos y, por otra parte (la alternativa), la vida de sacrificio en el Seminario, privaciones, estudios y todas aquellas pruebas a que están sometidos los que han de ser ministros de Jesucristo. (Se decidió por esta alternativa) Camilo aspiró al sacerdocio por un gran amor a Dios y a la salvación de las almas.

Trasladada su familia al primer puerto del país, el Seminario de Valparaíso lo tuvo entre sus alumnos más distinguidos. Recibió la primera Tonsura de manos del Arzobispo Valdivieso en 1868 y, las Ordenes Menores, al año siguiente

Sus excepcionales dotes le llevaron pronto al cargo de Ministro de ese mismo establecimiento. El 21 de Diciembre de 1872, a los 23 años de edad, fue ordenado sacerdote en la iglesia de Los Capuchinos por el Obispo Auxiliar de Santiago Monseñor Miguel Aristegui, siendo luego nombrado profesor y Prefecto de Piedad del Seminario porteño.

Durante el largo periodo de su formación eclesiástica, más una década de acción sacerdotal y, como Vicerrector del Seminario de Valparaíso; recibió el remezón de un contexto socio cultural que se

estaba consolidando en esos años en la sociedad chilena, la que se transformaba por poderosos factores políticos y económicos: Tal trayectoria se vislumbró desde que el escenario político estuvo cada vez más influenciado por el Liberalismo como ideología; pues, mientras el Estado seguía siendo nominalmente católico al tenor de la Constitución de 1833, los Gobiernos desde 1861 hasta 1891 utilizaron mucho las prerrogativas del Patronato como, aún más, introdujeron reformas que buscaban laicizar las leyes y la administración del Estado. (Recordemos que la concepción regalista del Estado establecía al Presidente de la República como patrono de la Iglesia pudiendo, entonces, intervenir directamente en los asuntos eclesiásticos)

Ante este cambio de mentalidad de la dirigencia política y de los gobernantes, surgió el movimiento Ultramontano, conducido por el Arzobispo de Santiago Monseñor Rafael Valdivieso (1847-1878). Esta manifestación católica luchó por la independencia y la libertad de la Iglesia y se opuso a las reformas que laicizaban al Estado y a la Sociedad. Desde 1846, en el Seminario de Santiago se aplicó un nuevo Plan de Estudios, aprobado por el Arzobispo Valdivieso, que puso el acento en la formación teológica la que se debería enseñar siguiendo la teología neoescolástica o tomista. Completó esta renovación la acción decidida del presbítero Joaquín Larrain Gandarillas, Rector desde 1853 hasta 1878. De allí salió un clero diocesano de mentalidad ultramontana en el que se unían a su formación teológica un alto sentido de su dignidad sacerdotal, una absoluta fidelidad al Papa y a la concepción de que el clero era defensor y Líder de la Iglesia chilena contra el Estado Regalista y la sociedad liberal.

Al mismo tiempo, los miembros del clero secular (Párrocos), impulsados por sus obispos, realizaron la gigantesca tarea de levantar instituciones temporales, confesionales, contrapuestas a las laicas. Así, alrededor de cada parroquia fueron apareciendo escuelas y liceos parroquiales; también cementerios, hospitales, orfanatos católicos; a ésto se agregaron numerosas asociaciones católicas de beneficencia, de acción obrera, de prensa. Por supuesto, a la cabeza de ellas estuvo el cura párroco como director.

Se notó, primero, esta nueva realidad dentro del clero diocesano con valer intelectual. No sólo salieron de sus filas las figuras más representativas del episcopado de la época, sino además valiosos representantes de las Letras. Por ejemplo, recordemos en la oratoria sobresalieron los obispos José Hipólito Salas y Ramón Angel Jara; en el género histórico nacional destacó Monseñor Crescente Errázuriz como su más alto exponente; en el campo del Derecho Canónico descollaron los obispos Justo Donoso y Rafael Fernández Concha, y como lingüistas y gramáticos se distinguieron los sacerdotes José Ramón Saavedra, Manuel Antonio Román y Camilo Ortúzar Montt.

Fue en ese periodo de profesor en el Seminario de Valparaíso cuando hubo de ir, por vez primera, a Europa donde visitó a su madre que residía en París. Después de recorrer el Viejo Continente y la Tierra Santa en Palestina, volvió al sur de Francia, a Lourdes, donde Santa Bernardita de Souvireu le comentó las apariciones de la Madre de Dios; desde entonces, don Camilo intensificó su devoción Mariana en todos los ámbitos posibles; especialmente a través de las publicaciones piadosas como, también, patrióticas: Compuso un "Manual Completo de Cristianos"; un "Manual de Primera Comunión", diversas novenas y escritos que fueron muy estimados en su época. Al volver de dicho viaje el Arzobispo Rafael Valdivieso lo nombró Vicerrector en la misma Casa de formación de los futuros párrocos porteños continuando con su especial condición de escritor religioso al escribir más obras de formación cristiana. A esta misma senda, le agregó sus esfuerzos en fundar bibliotecas populares. En este periodo, escribió un "Diccionario Manual de Locuciones Viciosas"; con el que deseaba: "Expresar con verdad y gracia el pensamiento, para que éste refleje con toda exactitud y brille con el lucimiento y esplendor que alcanzó el lenguaje en su época de gloria, para lo que es necesario conocer el significado propio de los términos y distinguir las buenas de las malas locuciones. Importa, pues, llamar la atención hacia ella y, por ésto, hemos creído conveniente componer un pequeño diccionario, donde en forma cómoda y sin pérdida de tiempo puedan consultarse las más importantes correcciones de lenguaje, conforme a la enseñanza de renombrados escritores y charlistas".

Mientras tanto Chile era puesto al borde de una guerra con Bolivia y Perú, los que ambicionaban la propiedad de las salitreras del Norte nuestro trabajadas, mayoritariamente, por empresarios chilenos. Al descubrir que esos Estados eran aliados en contra suya, Chile tuvo que ir a la conflagración en 1879.

Declarada la guerra, Monseñor Casanova organizó, en Valparaíso, una comisión para crear hospederías destinadas a los compatriotas "expulsados" de los territorios peruanos y bolivianos. El padre Ortúzar le colaboró como tesorero en las urgentes actividades que demandó esta caritativa gestión.

En razón de las características geográficas marítimas de los dos adversarios más poderosos, Chile conseguía un enorme avance estratégico gracias a la escuadra que pronto dominaría el mar. Por ello, mientras los buques poderosos de cada bando se buscaban en medio de las neblinas y de la inmensidad del litoral, dos débiles naves chilenas cumplían la peligrosa misión de bloquear el puerto de Iquique. El 21 de Mayo, los blindados más poderosos del Perú caen sobre ellas para capturarlas o destruirlas; en realidad, nada consiguen porque la fragata "Independencia" fue destruida por Carlos Condell y su tripulación en la ágil "Covadonga"; mientras Arturo Prat y los mártires

de la épica "Esmeralda" estremecían a toda la Nación convirtiéndola su patriotismo en indestructible.

¿De dónde provenía este carácter nacional que se conmovía hasta el infinito ante heroísmo tan sublime? Nos responde el miembro correspondiente de esta Academia de Historia Naval y Marítima, don Hernán Godoy Urzúa en su obra monumental "El Carácter chileno". Proviene del cierto grado de convergencia entre los miembros de una sociedad; que han estado recibiendo, desde la infancia, el influjo modelador de instituciones fundamentales como la familia, el sistema educativo, las creencias religiosas, las formas de sana convivencia, las tradiciones históricas, el folclore, más la organización política y económica.

Estas influencias compartidas constituyen la estructura de la Personalidad Básica, nos certifica categóricamente don Hernán Godoy. Y si a esta conclusión de un estudioso de nuestra Sociedad, sumamos el análisis histórico de un catedrático como don Jaime Eyzaguirre, a través de su obra "Fisonomía Histórica de Chile" en el capítulo llamado "La impronta del Fundador Valdivia". En él se logra confirmar que la personalidad de don Pedro de Valdivia se advierte en varios de los rasgos que han sido atribuidos a los chilenos: "De él se han heredado el ejemplo de su vigor militar como, asimismo, la dureza en el trabajo dando como frutos la sobriedad, el esfuerzo heroico, la serenidad ante el desastre y el patriotismo; así como, también, algunas características de Chile como Nación: Sentido del Orden, respeto del Derecho, acatamiento de la Jerarquía y, sobre todo, en la Voluntad de Ser.

Junto a su labor de hombre de armas y de formador de un pueblo estuvo, la del hombre de letras, que junto a una sensibilidad evocadora del país se mostraba como un neto dominador del idioma: En la tarea de engendrar a Chile para la Cultura y la Historia, nada fue capaz de quebrantar la voluntad de Valdivia.

Para consolidar lo señalado en los regiones recién pasados es valioso recordar la semblanza entregada por el cronista colonial González de Najera cuando destacaba dos rasgos del criollo al hablar de este mestizo en su creación: "El español chileno": "Estos son los que nacen entre el rumor de trompetas y cañones; los que casi desde las mantillas visten malla, y los que ofreciendo sus vidas por el aumento de la Fe, procuran defender su Patria... haciendo muralla con sus cuerpos en amparo de su casa".

Y el segundo rasgo de los criollos, es según dicho antiguo autor: "La mucha opinión que tienen por las letras, como que dan de ello testimonio aquellos a quienes las armas han dado lugar a profesarlas".

La sublime poetisa Gabriela Mistral logró dar broche final a estas ideas sobre el amor del chileno por su Nación: "Fue un patriotismo bebido en libro nuestro en el poema de Alonso de Ercilla "La

Araucana" lo que creó un sentido de chilenidad, lo que hizo una nación de una pobrecita Capitanía General.."

Así se comprobó ampliamente en las guerras de la Independencia criolla (entre los años 1810 a 1826); en la expedición para destruir a la Confederación Perú-boliviana entre 1837 y 1839; como en la Guerra contra una escuadra española durante los años 1865 y 1866 y, por supuesto, en la Guerra del Pacífico desde 1879.

Como chileno, el combate naval de Iquique impresionó profundamente a don Camilo Ortúzar Montt y, como sacerdote, se conmovió por la información del hecho que no hubiese ningún Capellán a bordo. Por ello, se ofreció al Vicario Capitular de Santiago para atender el cargo de Capellán en las naves de la Escuadra, aduciendo que "No quería rentas ni gloria, solamente buscaba almas para el cielo".

Su nombramiento fue decretado el 2 de Junio de 1879, siendo embarcado en el blindado "Almirante Cochrane". Desde el puerto de Caldera, a su hermana le decía en una carta: "No puede usted imaginarse el ardor febril, el ánimo esforzado, la audacia que muestran los marineros. Ud. lo ha visto; después del combate de la gloriosa Esmeralda, la divisa de Chile es vencer en titánica lucha, o sucumbir en la honda tumba". Ha dicho el historiador Feliú Cruz que después de Iquique, el espíritu patriótico fue en aumento ya que junto a Prat y Condell creció notoriamente otro nombre: Chile. Porque el nombre de Chile se antepuso a cualquiera otra denominación como, por ejemplo República, Estado o Nación. En las fiestas sociales, aún en las de alto rango, era manifestación de alegría, de espíritu sano danzar la cueca de salón con su consabido tamboreo y huifas. Los versos que la animaban contenían alusiones a Chile y hablaban de una chilenidad robusta, vigorosa y viril. Las canciones también se inspiraban en el paisaje chileno. En las clases populares la chilenidad sirvió para magnificar las cualidades que se creían propias del hijo de la tierra. La malicia, la socarronería, cierto gracejo, el ingenio fértil y punzante, se atribuyó a cosas propias del carácter nacional. La chilenidad destacó, como virtud enaltecedora, la virilidad. Un chileno es defensor de las mujeres. La lealtad era otra virtud. La generosidad es propia de las prendas morales. El amor al terruño formó un hombre responsable de sí mismo en la defensa y cuidado de su país". Es positivo dejar especial constancia que la presencia de la Iglesia en la Guerra del Pacífico no se limitó sólo a la atención de las necesidades espirituales y morales de los soldados y al auxilio de los enfermos en las ambulancias y hospitales, sino entregó el mejor ejemplo apostólico que pudieron dar sus Capellanes".

Conciente la Iglesia del poder de la oración para alcanzar la protección divina, ordenó, en repetidas ocasiones, por medio de pastorales y edictos de sus obispos, elevar preces por la Patria, por la

paz y por los difuntos que cayeron en el campo de batalla. Bajo dichos predicamentos ejercieron su apostolado los sacerdotes y religiosos que habían iniciado sus capellanías desde comienzos de la guerra: "Santiago, Agosto 18 de 1879.- Habiéndose dignado nuestro Santísimo Padre León XIII conceder al Ordinario de Santiago en rescripto expedido por la Sagrada Congregación de Negocios Eclesiásticos el 2 de Mayo del presente año las facultades concedidas por el difunto Ilustrísimo señor Arzobispo Valdivieso para constituir vicarios castrenses y debiendo, por esta causa, renovarse los títulos expedidos a los capellanes del Ejército y la Armada, en virtud de las facultades concedidas provisoriamente por el Excelentísimo y Reverendísimo señor Delegado Apostólico, despáchense nuevos títulos a favor del prebendado don Ramón Saavedra, de los presbiteros don Raimundo Cisternas, don Florencio Fontecilla, don Ruperto Marchant Pereira, don Enrique Cristie, don Camilo Ortúzar Montt, don Javier Valdés, y de los religiosos fray José Nicolás Correa, fray Juan Capistrano Pacheco y fray José María Madariaga... Obispo de Martyrópolis, Vicario Capitular de Santiago. Ellos alentaron un sano patriotismo sin odio ni rencores, ensalzando los méritos de los hijos de Chile que se habían entregado al servicio de la Patria: "Por lo que hace la deuda de gratitud para con nuestros soldados y nuestros marinos, ella debe ser proporcional a la importancia de sus victorias y a la magnitud de los sacrificios que se han impuesto para obtenerlas. Ellos no sólo han ofrecido generosamente sus vidas a Chile en muchos combates, sino que han soportado con ejemplar abnegación la dura vida del aprendizaje y de los campamentos, con las fatigas de penosísimas marchas, los rigores del hambre y la sed abrasadora más las enfermedades de las comarcas inhospitalarias".

Nos dice, en general, la historia conocida del padre Ortúzar que, primero, soportó los mareos, encierros y las húmedas camanchacas durante las extensas navegaciones en el blindado Almirante Cochrane, el que se llevó todos los laureles con el triunfo en la batalla naval de Angamos; para, a continuación, junto a los batallones de choque de la Artillería de Marina ingresó al territorio del sur peruano acompañando a sus feligreses en las penosísimas marchas sobre las quemantes arenas del desierto.

Esos jóvenes capellanes soportaron tanto sacrificio por Dios, por su Patria y por aquellos marinos y soldados que era la familia chilena acrisolada por los vínculos de sangre criolla y por la lengua castellana que les unía férreamente.

Esos mismos feligreses exclamaban a su paso: "A estos curitas se les toma cariño por su simpatía bien alegre y por su espíritu militar". Por supuesto que tal simpatía la utilizaban los capellanes para fomentar la asistencia piadosa a misa junto con cultivar la devoción a la Virgen del Carmen, aconsejándoles en llevar puesto su Escapulario,

no como un amuleto, sino como un celestial uniforme. Además, la prédica de misiones en los diversos buques siempre era apoyada por todos los capellanes. Así nos cuenta al respecto, don Camilo: "Con el objeto de preparar a los tripulantes del "Cochrane" al cumplimiento pascual, había dado en él una misión, acompañado por el presbítero Carlos Cruzat. Una vez concluida, fue mi turno acompañarlo a la que, con el mismo fin, se dio en la corbeta "O'Higgins".

Su labor apostólica se continuó desarrollando en un amplio abanico de actividades. Bien lo destacaba el historiador Nicanor Molinare en una reseña: "El capellán Camilo Ortúzar, venerable sacerdote, vive a bordo, donde deja gratos recuerdos porque es amigo de todos... "Esta visión era muy real porque se preocupó de dotar libros a la tripulación, formando pequeñas bibliotecas en los buques, para que con ellos aprovecharan las, a veces, tediosas horas del bloqueo naval. Conseguía que las organizaciones católicas y particulares regalasen libros, colocando lo demás con sus propios recursos".

Esa labor abnegada no siempre le dejó contento: "A pesar de las instrucciones religiosas o cortas misiones que he dado; no he conseguido, sin embargo, que se confiesen sino como veintitantos antes del combate". Sobre este caso, nos habla de la gran batalla naval de Angamos el día 8 de Octubre de 1879, frente a la península del mismo nombre, cuando horas antes hallándose en el transporte "Amazonas" para venir a Valparaíso por razones de mala salud, corrió a ocupar su puesto en su blindado. Allí supo que iba a entrar en combate. Por supuesto, quería encontrarse en ese decisivo hecho de armas, corriendo los mismos peligros de sus marinos.

En esa trascendental batalla de la Guerra del Pacífico, el avezado Comandante chileno don Juan José Latorre Benavente miraba derechamente las maniobras que, a lo lejos, efectuaba su adversario el monitor "Huáscar". Antes del inicio de los fuegos de la artillería naval, el capellán Ortúzar subió las escalas del puente de mando, vestido con su sotana negra sacerdotal, y saludándole le solicitó permiso para dirigir una arenga cariñosa a los que, pronto, iban a combatir por la Patria. "Con mucho gusto, querido Capellán", le respondió el Comandante. Y, entonces, el padre bajó las escalas hasta el gran salón de las baterías, ya cargadas, donde estaban todos sus feligreses: los oficiales, los suboficiales, los marineros y los soldados de mar. Los guerreros se descubrieron ante el representante de Dios y con una emoción de convencido apego a los misterios de la religión, narra el historiador Lizama en su "Album gráfico militar de Chile", escucharon la palabra que se hizo elocuente en el sacerdote chileno: "En estos momentos supremos, la Divina Providencia pone al alcance de nuestros cañones al enemigo que en las aguas de Iquique destruyó los muros de la "Esmeralda"; pero que no pudo abatir el

corazón de sus tripulantes. Es muy posible que, en este combate, algunos de nosotros tengamos la dicha de rendir la vida por la Patria. Un acto de arrepentimiento os pido y, después, la bendición que doy entera, como Ministro de Dios, os llevarán a la gloria". Entonces, todos los marinos se arrodillaron y el Capellán Ortúzar Montt levantó su diestra y los bendijo para que volvieran, con entusiasmo, a ocupar sus puestos de combate diciéndoles al final, con socarronería muy chilena: "Y no se olviden, hijos míos, a Dios rogando y con el mazo dando".

El mismo Comandante Latorre, en su Parte Oficial al Jefe de la Escuadra sobre la descomunal batalla, informó sobre tal comportamiento: "He dejado acápite oportuno para hacer mención especial del Capellán don Camilo Ortúzar quien, habiéndome solicitado antes de la acción el permiso para dirigir algunas palabras a la tripulación, lo hizo en una alocución patriótica tal, que no dudo de su saludable influencia en el éxito del combate".

También en su Informe el marino señalaba la muerte del grumete Domingo Jonhson, herido gravemente por balas de ametralladora en el estómago y una pierna. Era el acólito del Capellán Ortúzar quien le acompañó en su postrer momento, durante el paso del joven a la eternidad y conmoviéndose de su balbuceo llamando, en el momento final, a la madre lejana.

En una de sus cartas, el capellán describió lo que sintió al abordar el Huáscar después de su rendición al blindado Almirante Cochrane. Su visión fue de pena al constatar la muerte de tantos hombres distinguidos que no habían podido recibir la ayuda espiritual de un sacerdote y, por ello, evitó hablar de las desgarradoras escenas que allí habían sucedido: "Vengo del Huáscar donde estaba auxiliando, con el capellán Christie, a los heridos y estoy sorprendido de ver cómo ese buque ha quedado a flote con tantos destrozos". Su labor era tan intensa que tuvo que señalar: "Desearía dar más detalladas noticias a Usted... pero la atención a los heridos no me permite disponer del tiempo que desearía". Al respecto, el capellán del blindado Almirante Blanco Encalada, don Enrique Christie, ex Contador de la Armada, escribía al Vicario Capítular: "Tan luego se rindió el Huáscar fui a su bordo para prestar mi ministerio a los moribundos allí, en unión de mi excelente compañero Sr. Ortúzar. Hicimos todo cuanto estuvo de nuestra parte en obsequio de esos pobres". Al día siguiente, el padre Ortúzar celebró su misa por los caídos en la batalla y acompañó al Capellán Mayor en las ceremonias de sepultación de las víctimas del Huáscar.

La misma actitud de caridad pastoral fue repetida en varias ocasiones más. Días después en el asalto chileno, el 2 de Noviembre, en el puerto de Pisagua atendiendo a los soldados heridos, de ambos bandos, en la ambulancia Arequipa junto con los demás capellanes chilenos y un canónigo peruano de apellido Pérez. Con la toma de

Pisagua, el Ejército chileno entró de lleno en territorio peruano, siguiéndole diversas acciones bélicas. Sobre la siguiente batalla, la de San Francisco de Dolores, al interior de la pampa del Tamarugal, el historiador don Francisco Machuca dice, al respecto: "Tan pronto se separaron las fuerzas enfrentadas, salieron los cirujanos y los capellanes a la línea de batalla. Estos llevaron su misión con caridad evangélica, sin tomar en cuenta las balas para dedicarse absolutamente a la atención a los caídos". En menos de una semana después, finalizada la batalla de Tarapacá al interior de una quebrada preandina, el padre Ortúzar llevó...; pero, mejor dejémoslo a él relatar esta parte: "Después del combate de Tarapacá juzgué sería más útil prestar mis servicios allí y emprendí viaje hasta Dolores. Dos días después me embarqué en el vapor Irma para atender a los heridos del ejército perúboliviano y seguir con ellos hasta Arica donde fueron desembarcados". Es conveniente recordar que ese puerto, ya plaza militar, no había sido aún tomado por las fuerzas expedicionarias chilenas y al asistir así a esos enemigos heridos fue un testimonio histórico de caridad auténticamente cristiana que prestigió a los Mandos navales y militares chilenos como, especialmente, a sus capellanes.

Cierta torcida información llevó a presentar, durante ese periodo de la campaña naval, una grave acusación contra las fuerzas chilenas y, en especial, contra tres capellanes, por un supuesto acto de profanación e incendio de la iglesia parroquial del puerto de Mollendo. El Pro-Vicario de Santiago, don José Ramón Astorga, le pidió al capellán Camilo Ortúzar redactar un informe, ya que se había encontrado en el blindado Almirante Blanco Encalada, ayudando a una misión que se daba en ese buque. El sacerdote hizo el informe pedido donde dejó en claro que jamás había existido tal profanación por militares chilenos; sino muy por el contrario: "De los cuatro sacerdotes que iban en la expedición; tres, a saber los sres. Christie, Cruzat y yo, pasamos la noche a bordo i nada supimos del incendio de la iglesia. El cuarto, el sr. Fabres, también llegó a tierra cuando las llamas había consumido el templo. De lo dicho, se deduce que lejos de haber habido la más mínima profanación en Mollendo, los soldados chilenos sacaron de la iglesia al Santísimo Sacramento para librarlo de las llamas i lo mismo se hizo con las imágenes. No necesito decir que, a juicio de todos, el incendio mismo ha sido un hecho casual i debido sólo a la dirección que imprimía el viento a las llamas... Si el señor Vicario Capitular de Arequipa ha tenido la oportunidad de hablar a su saber con el señor canónigo Pérez, debiera estar muy al cabo de lo que entre nosotros sucede y prestar menos fe al sacerdote que le va a referir un sacrilegio cometido, según él, por los capellanes del Ejército de Chile. Más que nadie debe saber el cuidado esmerado con que

éstos atienden al servicio espiritual; "y público ha sido que antes de partir, el Ejército se confesó i comulgó para implorar del cielo la protección en la campaña que iba a emprender. Los que tal hacen, no son, ciertamente, los que se entretienen en espantosas profanaciones del Santísimo Sacramento...

Estoy en mi derecho, señor Pro-Vicario, para pedir en mi propio nombre i en el de mis compañeros, que se vuelva por la honra de los Capellanes del Ejército y la Marina de Chile; que en los lugares donde se ha hecho público el supuesto sacrilegio, se sepa también que sólo ha existido en la escitada imaginación de un sacerdote (Peruano) turbado por el miedo y que había tenido cuidado de poner a salvo su persona de todo peligro y estaba bien lejos del teatro de los sucesos cuando ellos acaecían.."

Gracias a estas y a muchas ideas más dichas, con enorme franqueza por el Capellán Ortúzar en su amplio informe, el General en Jefe del Ejército chileno, don Erasmo Escala pudo responder: "Cuán lejos de la verdad ha estado el sr. Vicario Capitular de Arequipa al imputar a nuestras tropas el incendio de la iglesia del referido país y las profanaciones de ella y del Sacramento de la Eucaristía. Tanto más falaz y engañosa es la imputación hecha a nuestros capellanes Fabres, Cruzat y Christie, de haber presenciado impasibles los escándalos a que se ha hecho referencia. Me bastará para vindicarlos decir que, en esos momentos, no se encontraban en tierra y que mal podían, entonces, ser actores o espectadores impasibles de tamaños excesos. Esto no necesita contestación. Dios guarde a V.S. Erasmo Escala.

Pasados largos 18 años de aquella memorable campaña naval, ya en 1897, el Almirante Latorre en sus nuevos cargos de Senador y, luego, de Gobierno Ministro de las Relaciones Exteriores de Chile, mantenía una grata memoria del presbítero Ortúzar Montt. En una carta a Monseñor Costamagna, primer obispo salesiano en Chile, le confiesa: "No puedo pensar en los acontecimientos de aquellos días memorables sin dejar de recordar al joven sacerdote que, con su trato afable y modesto, con una conducta ejemplar, supo granjearse la buena voluntad y el respeto de cuantos lo conocían y cuya inalterable bondad y consagración al cumplimiento de sus deberes, su serenidad en el momento de mayor peligro junto con su inagotable bondad para con los enfermos y heridos, causaba la admiración de todos.

Por lo que a mí me respecta, debo decirle con toda sinceridad que, una vez que lo conocí a fondo, tuve por él verdadera amistad y que conservo, por su memoria, afectuoso respeto habiendo lamentado su pérdida como la de uno de mis compatriotas más distinguidos, como la de un amigo leal y sincero, y como la de un miembro útil de la sociedad con todas las virtudes de un verdadero sacerdote. Terminada la campaña por mar, nuestro distinguido capellán pidió su retiro del

Cochrane para cumplir otras obligaciones que le llamaban a tierra y, puedo asegurarle, que no quedó a bordo un solo hombre, de oficial a marinero, que no lamentará su partida".

Nos dice el periódico "El Mercurio", de fecha 29 de Mayo de 1880, "Hoy ha llegado el Capellán Camilo Ortúzar Montt a Valparaíso en el transporte Amazonas y, con este motivo, le damos las felicitaciones con las que no hacemos más que secundar las que habrá recibido ya de los marinos, que tanto le aprecian y distinguen".

Después de la Campaña terrestre de Tarapacá, volvió al centro del país por razones de salud y ocupó el cargo de Director de la revista "El Estandarte Católico", una de sus actividades de mayor agrado. Mas, su calidad de apóstol y su capacidad de trabajo le llevaron a ser nombrado por el Delegado Apostólico Monseñor Mario Mocenni, en fecha 6 de Abril de 1882, párroco interino y Vicario Apostólico de Tarapacá con facultades papales sobre todo el litoral recuperado por las tropas chilenas.

El celo apostólico desplegado por don Camilo en Iquique fue admirable, si tomamos en cuenta la frialdad religiosa imperante. Trajo sacerdotes para las parroquias, llevó misioneros para recorrer las diversas oficinas salitreras, hizo venir de Italia a las hermanas de Santa Ana y dotó a las parroquias de los elementos necesarios para el culto. A uno de sus hermanos, le escribía en la Navidad de 1885: "Acá, las tareas parroquiales no me permiten escoger el tiempo para ir a veranear al sur. Ya las hermanas religiosas, venidas desde Europa, están a cargo de sus actividades; en este primer tiempo hay que atenderlas especialmente pues van conociendo el idioma, las costumbres y las necesidades locales".

Un incendio le consumió la iglesia, casa y escuela, quedando sin tener un local donde celebrar la Santa Misa. Lleno de entusiasmo no se desanimó, sino que empezó una nueva construcción, que se convertiría en la actual Catedral. Por ello, en carta dirigida al Ministro de Culto, el 26 de Junio de 1883, expresaba: "El vasto incendio del 10 de Marzo, que redujo a cenizas una buena parte de la población de Iquique, ha dejado sin templo a los numerosos moradores de esta ciudad". Como dos meses después avisaba al Jefe Político de la Provincia de Tarapacá: "Estando ya terminada la bóveda contra incendio que debe servir para guardar los restos del Comandante Arturo Prat, del Teniente don Ignacio Serrano y del Sargento Juan de Dios Aldea, a V.S. suplico se sirva mandarla reconocer a fin de comprobar su completa seguridad. Dios guarde a V.S. Camilo Ortúzar.

Había pasado ya la guerra y el fanatismo político había dominado, de nuevo, los espíritus.

Ante los diversos problemas religiosos que se suscitaron en el gobierno de Domingo Santa María, tuvo que sufrir toda clase de calumnias y vejámenes, ante los cuales mostró valentía y entereza; lo

demuestra un trozo de su carta escrita a su hermano Javier, con fecha 26 de Agosto de 1886: "Tenemos un Mandatario que es una calamidad - El descontento es ya general. Con entusiasmo se ha recibido ya la noticia que, subiendo Balmaceda, vendrá Zenón Freire... Sí que él es un caballero y eso, ahora, es bastante. ¡Ojalá se haga efectivo!

Renunció al Vicariato después de cinco años de ardua y tenaz labor apostólica en esa región. Fruto de la permanencia en Iquique fue su "Catecismo en ejemplos", en dos tomos de 400 páginas cada uno; modelo, para su época, que, con él, buscaba combatir la ignorancia religiosa. A su hermano le escribió con fecha 24 de Diciembre de 1885: "Por correo tengo el placer de remitirte un trabajo propio de mi ministerio que me preocupa "Catecismo en ejemplos". Espero sea de alguna utilidad para los niños y los pobres, particularmente. En reconocimiento de su buen desempeño como Vicario de Tarapacá fue propuesto como Obispo de Concepción ese mismo año, en 1887

Vuelto a Santiago, se le ofreció la Rectoría del Seminario; pero don Camilo tenía el proyecto de ingresar a una congregación religiosa fuera de Chile; tal vez de los padres jesuitas a fin de dedicarse a la oración y a la penitencia, huyendo de los honores y buscando sobre todo a Dios. Por ello, pidió a su Autoridad Eclesiástica el siguiente certificado:

"Nos, Mariano Casanova por la gracia de Dios y la Santa Sede Apostólica, Arzobispo de Santiago de Chile... En cumplimiento de lo mandado por nuestro Santísimo Padre Pío Nono, en su decreto expedido por la Sagrada Congregación sobre el Estado de los Regulares el 25 de Enero de 1848, atestiguamos respecto de don Camilo Ortúzar, presbítero que desea tomar el hábito religioso en la Compañía de Jesús, de la manera siguiente:

- 1°.- NACIMIENTO: Legítimo, según consta de la Partida de Bautismo nació el 15 de Julio de 1848.
 - 2°.- EDAD: La que se deduce de la fecha apuntada.
 - 3°.- VIDA: Propia de un buen sacerdote.
 - 4°.- COSTUMBRES: Morales, piadosas o ejemplares.
 - 5°.- EDUCACION: Religiosa y esmerada.
 - 6°.- CONDICION: Libre.
 - 7°.- CIENCIA: Las que dan las Humanidades y ramos eclesiásticos.
 - 8°.- FAMA: Muy buena y óptima.
 - 9°.- CENSURA: Irregularidad o impedimento canónico: Se cree que no tiene.
 - 10°.- DEUDAS: Se ignora.
 - 11°.- CUENTA DE AJENA ADMINISTRACION: Se ignora.
- Dado en Santiago, en 18 de Julio de 1887. MARIANO,
Arzobispo de Santiago.

Los historiadores salesianos chilenos nos relatan que el padre Ortúzar Montt llegó a Francia y permaneció en París con su madre y otros familiares. Estando allí, llegó el presbítero don Ramón Angel Jara, gran amigo suyo, al cual le manifestó su idea de retirarse a un convento. Este futuro Monseñor y gran orador le recomendó que fuera a ver a don Juan Bosco, cuya santidad era conocida por toda Europa. Don Camilo, después de recorrer con piedad sincera los santuarios de Paray Le Monial, Lourdes y Santiago de Compostela, llegó a Turín a ver al fundador de la Congregación Salesiana. El 24 de Octubre de 1887 fue recibido en Turín por don Miguel Rúa, el subdirector de la congregación, quien, al informarse de lo que deseaba el sacerdote venido desde Chile, un país tan lejano, lo presentó a don Bosco. (Ese mismo año habían llegado a Chile los primeros salesianos a fundar colegios en Punta Arenas y Concepción). El santo era ya un anciano de 72 años, enfermo y desgastado por los más de cuarenta años de sacrificada entrega educativa en favor de la niñez y la juventud pobre. Por eso, sus visitas eran limitadas; mas, de todos modos recibió al chileno después de escuchar los motivos de su visita. Don Bosco le invitó, con sumo interés, a ingresar a su congregación ya que don Camilo deseaba orar en el recogimiento de la vida regular y, además, seguir trabajando intensamente, tal como estaba acostumbrado, en aras de la educación.

Era mediodía y el santo le invitó a un frugal almuerzo. Al finalizar, le insistió una vez más: "¿Don Camilo, no le parece que el mismo Dios le ha traído, desde tan lejos? Usted quiere trabajar y aquí, entre los salesianos, encontrará Pan, trabajo y Paraíso". Y don Camilo se quedó en la congregación por el resto de sus días, entrando, primero, en el noviciado de Valsalice y profesando, como religioso, el 8 de Diciembre de 1888.

En los seis años, como educador salesiano, fue el encargado de dirigir el Boletín de la Congregación, redactado en español; por lo que debió recorrer España, Italia y Francia aprovechando, además, de enseñar el idioma castellano a los misioneros que venían a América. Asimismo, desarrolló clases de teología en el Seminario de Italia aprovechando, además, de publicar varias obras religiosas. Llegó a ser muy apreciado por sus superiores como un "Buen, santo y docto sacerdote chileno".

Iniciada la década de 1890, por su excepcional cultura se le encargó la atención de un hermano de la congregación, el joven Príncipe Augusto Czartorisky, primogénito de la Corona polaca a la que había renunciado para seguir una vida de santidad. A raíz de su delicada salud, enfermó gravemente acompañándole don Camilo por los sanatorios de San Remo y de Aix les Bains, hasta el momento de su muerte. En la última localidad fue visitado por el novel sacerdote

don José María Caro quien, después de terminar sus estudios en Roma, quiso ver a don Camilo a quien había conocido en Colchagua.

Estando temporalmente en Niza para restablecerse de una larga pulmonía, murió don Camilo Ortúzar Montt ante la presencia de la comunidad salesiana. Dijo, en sus últimas palabras: "¡Bendito el día en que, por primera vez, vi a don Bosco. El día más hermoso de mi vida ha sido el de mi profesión religiosa y, ahora, lo será el de mi muerte; porque, libre mi espíritu de esta prisión, espero entrar en el Paraíso".

Sus restos permanecen hasta hoy en un nicho familiar de dicha localidad francesa.